

De ahí salimos para Egipto. Nos quedamos ahí un tiempo, hasta que el ángel me avisa de la muerte de Herodes y que ya podemos volver a casa en Nazareth.

Igual que todos los padres judíos, yo soy quien le enseña a Jesús las oraciones, los cantos, los salmos y las palabras de los profetas. También le enseño las tareas de carpintero. Cada año vamos a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús cumple los doce años, hay una razón especial para ir a Jerusalén. Jesús toma oficialmente su lugar dentro de la comunidad religiosa. Ahí se presenta para ser considerado como adulto. El Sacerdote le entrega el rollo de la Torah, para que lo lea por primera vez, en público. Y al mismo tiempo hace su profesión de fe. Así Jesús asume cumplir con todo lo que manda la Ley. Como es costumbre ir en peregrinación, los hombres caminamos aparte de las mujeres. Y los niños van con unos o con otras, aunque casi siempre, con las mujeres. Yo pienso que Jesús va con María, hasta que por la tarde, ella me busca y al verme me pregunta: ¿Dónde está Jesús? ¿Qué no viene contigo?

Le digo: No. ¿Qué no está contigo? ¿Dónde está Jesús?

Nos regresamos a Jerusalén y le preguntamos a la gente. Luego vamos al Templo y ahí está. Lo vemos en gran plática con los Doctores de la Ley. Así que María solo le dice: “Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.” (Lc 2, 48). Jesús dice: “¿Por qué me buscaban? ¿No saben que en las cosas que son de mi Padre, me conviene estar?” (Lc 2, 49).

Es cierto. Jesús es el Hijo de Dios. Y ahora ya tomó responsabilidad de las cosas de su Padre. Por eso se queda en el Templo. Pero ese mismo día, regresa a Nazareth con nosotros. Jesús crece en sabiduría, en edad y gracia, ante Dios y ante los hombres. Así es que yo completo mi misión. Jesús está casi listo para su propia misión. Jesús y María me acompañan en el momento de mi muerte. Me quedo feliz, porque ahora Dios mismo va a cuidar de Jesús y de María. Mi corazón se llena de alegría, porque las puertas de la gloria se abren ante mí. Yo le doy gloria a Dios, porque se fijó en mí. Porque me miró con ternura y me eligió para una misión muy grande.

Dios me tuvo paciencia, me ayudó en las dudas y los miedos. Me devolvió la paz, para que yo pudiera hacer su voluntad. Él también te da una misión. Él confía en ti. Cree que tú puedes lograrlo. Espera que tú quieras hacerlo. No te apoyes en ti mismo, menos en tus dudas y tus miedos, para querer realizar la obra que Dios te pide. Apóyate en Él, como los apóstoles, para que puedas trabajar en su Reino. Él es Dios, Todopoderoso. Eso es, que todo lo puede. Para Él todo es posible. Déjate amar por Dios. Te va a sorprender lo grande de su amor. Confía en Él. Su plan, siempre es mejor que el tuyo, porque Él siempre quiere lo mejor para ti. Confía como yo. Y haz su voluntad sin vacilar.

Y quiero que sepas, que ahora soy el protector de todas las familias y de todos los papás. Desde el cielo cuido también de tu familia y de ti. Y espero que puedas abrirte al amor de Dios y confiar en Él.

Erika María Padilla Rubio

Síguenos en youtube. Entra al canal PalabraObra.



Palabra y Obra ©

Mail: contacto@palabayobra.org Tel. 51 35 21 80.
Palabra y Obra A.C. Todos los derechos reservados. México D.F. Campesinos 401. Col. Santa Isabel Iztapalapa. C.P. 09820. D.F.

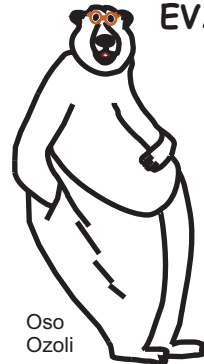
Síguenos en twitter.com/palabayobra y en Facebook: Palabra y Obra.

VIDA DE LA IGLESIA

...para Niños!!!



Misión de los Doce



Oso Ozoli

EVANGELIO (Mateo 9, 36-38; 10, 1-8)

Oso Ozoli: Hola. Jesús, llama a Mateo y a otros 11, para que lo sigan.

Jesús quiere armar un equipo para que le ayuden. ¿Sabes a qué? A implantar el Reino de Dios.

Jesús un día, ve a muchas gentes y siente compasión, porque están cansadas y decaídas, como ovejas, que no tienen pastor. Y cuando eso les pasa a las ovejas, se sienten perdidas y con miedo.

¿Has visto en la calle cómo camina la gente? Muchos parece que están tristes o enojados. Caminan como dice Jesús, cansados y decaídos, llenos de miedo y sin rumbo.

Entonces Jesús les dice a sus discípulos: «La mies de verdad es mucha, pero los obreros pocos. Rueguen al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies».

¿Sabes qué significa mies? Es cosecha.

La cosecha es mucha, pero los obreros son pocos. Y no se dan abasto para recogerla. Entonces, es probable que parte de la cosecha se la lleven los pájaros, otra parte se eche a perder o se pierda.

Jesús quiere que todos entren al Reino de Dios.

Por eso, le urge que nos pongamos a orar, para pedirle a Dios que mande trabajadores para que nadie se pierda. Pues si no, mucha gente va a vivir cansada y decaída toda su vida. Y no va a llegar al Cielo.

¿Tú sabes qué hay que hacer para que las personas entren al Reino de Dios? Pues llevarlas con Jesús para que crean en Él.

¿Y cómo van a creer? Tienen que reconocer que Jesús es el Hijo de Dios y su Salvador.

Para eso, necesitan darse cuenta de que solo Él puede vencer al malo, por eso Jesús sana a los enfermos y lanza al malo.

Y Jesús quiere que ese mismo poder lo tengan sus discípulos. Por eso, llama a sus doce discípulos y les da poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos. Y también para curar toda enfermedad y todo dolor.

¿Tú sabes cómo se llaman los 12 apóstoles?

Los nombres de los doce Apóstoles son estos: Simón, que es llamado Pedro y Andrés su hermano, Santiago de Zebedeo y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás, y Mateo el publicano, Santiago de Alfeo y Tadeo, Simón el cananeo y Judas Iscariote, el que lo entregó

Jesús envía a estos 12 hombres a trabajar para el Reino. Y les da estas instrucciones:

«No vayan a camino de gentiles, ni entren en las ciudades de los samaritanos. Sino vayan antes a las ovejas, que perecieron de la casa de Israel. Vayan y prediquen, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, lancen demonios. Gratis lo recibieron, denlo gratis».

Jesús quiere que antes de ir a otros pueblos, los apóstoles vayan con los mismos judíos de Israel. Pues ellos también viven como ovejas perdidas. Quiere que les digan que el Reino de Dios está cerca, que sí se puede entrar en él.

Y para que la gente pueda creer, van a curar enfermos, a resucitar a los muertos, a purificar a los leprosos, a expulsar demonios. ¿Te imaginas?

Y todo lo van a hacer gratis. Jesús les da este poder, porque Él es el Pastor. Él nos guía para poder llegar al Padre. Si le somos fieles, vamos a poder llegar al Cielo.

Erika M. Padilla Rubio

Héroes entre nosotros

Yo soy José. Vengo de la familia del rey David. Soy hijo de Jacob.

Vivo en Nazareth de Galilea. Trabajo como carpintero. Quiero hacer la voluntad de Dios y como todo judío, voy al Templo de Jerusalén en las fiestas importantes.

Me desposé con una linda joven. Ella es María. En mi tierra se acostumbra no llevarse a la novia, sino esperar un tiempo para luego recoger a María de casa de sus papás y llevarla a nuestra propia casa. Todo va muy bien, hasta el día en que María, llena de gozo, me dice que está embarazada. Y que es por obra del Espíritu Santo.

Yo me siento fatal. No sé qué hacer. Pero tengo plena confianza en María, aunque no entiendo lo que pasa. Para no ponerla en evidencia, decido dejarla en secreto e irme del pueblo. Pero un Ángel, en sueños, me ordena lo que tengo que hacer: “José hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es. Y parirá un hijo. Y llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de los pecados de ellos.” (Mt 1, 20-21).

Al oír esto, ya no dudo. Le creo al Ángel y me lleno de paz y de gozo. Aunque no sé cómo van a pasar las cosas, siento que Dios me elige para una gran misión. Hago lo que el Ángel me manda. Tomo conmigo a María por esposa. Y voy de sorpresa en sorpresa. Primero tengo que ir a Belén, la ciudad de David, de donde es mi familia, para que nos cuenten en el Censo ordenado por Cesar Augusto. Justo estamos ahí, cuando llega el tiempo del nacimiento de Jesús. Busco un lugar privado donde María pueda dar a luz y solo encontramos un establo.

¡El Hijo de Dios no tiene una cuna! ¡Va a nacer en un establo!

¿Cómo es posible?

Pero de pronto, todo es increíble. Todo se llena de gozo. Se me olvida en dónde estoy. Solo ver al Niño y poderlo cargar, transforma mi vida para siempre. Pregúntale a tu papá, cómo fue el día que te cargó por primera vez.

Pero no es todo. Luego vienen los pastores, que nos cuentan llenos de alegría, como los ángeles les anuncian el nacimiento de un Salvador, que es el Cristo Señor. Así me doy cuenta, que Jesús tiene que nacer en Belén, para que se cumplan las Escrituras. Y justo en el tiempo del censo, para quedar oficialmente inscrito en el género humano. A los ocho días, según ordena la Ley, circuncidamos al Niño. Yo le puse el nombre de Jesús, como me dijo el ángel. Jesús en hebreo es Yehosua, que quiere decir Dios Salva. Así, Jesús es reconocido como mi hijo y queda inscrito en el Pueblo de Dios, en el pueblo judío.

Días más tarde, llegan los Magos. Son gente destacada y estudiosa, que vienen desde muy lejos. Ellos le dan regalos de oro, porque reconocen que Jesús es un Rey. Incienso, porque saben que es Dios. Y mirra, porque es un hombre. Ellos logran ver en Jesús, a Dios que se hace hombre y viene a reinar. Por eso se postran y lo adoran.

¿Te imaginas lo que es ver como esos señores tan importantes están postrados ante el Niño?

Después de que los Magos se van, el ángel del Señor se me aparece en sueños y me dice: “Levántate, y toma al Niño y a su madre y huye a Egipto, y quédate allí hasta que Yo te lo diga, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarlo.” (Mt 2, 13).

Herodes que es rey, al saber que nació el Rey que el pueblo judío está esperando, se siente amenazado y como no quiere compartir su reino con nadie, decide matar al Niño. Y Dios Padre confía en mí, para salvar a su Hijo.

A toda prisa, salimos de ahí. Como ya se cumplen los días de la purificación de María, vamos a Jerusalén, que está en la ruta para Egipto, para presentar a Jesús al Templo y consagrarlo a Dios como primogénito. Ahí ofrezco el sacrificio ordenado en la Ley.

Mientras estoy en el Templo con mi familia, se acercan dos ancianos, Simeón y Ana. Los dos glorifican a Dios. Reconocen a Jesús como el Salvador prometido. Y anuncian que ese Niño va a ser “Luz para iluminar a los gentiles y gloria de su pueblo Israel”.